

Juan Manuel ABASCAL PALAZÓN: *Fidel Fita (1835-1918). Su legado documental en la Real Academia de la Historia*. Publicaciones del Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia (serie Estudios Historiográficos, n° 2). Madrid, 1999. 282 págs., 64 figs. ISBN: 84-89512-20-0.

Pocos libros pueden ser tan útiles para el estudioso de la arqueología y la epigrafía hispánica como éste que pretendemos reseñar aquí, aprovechando la ocasión que nos brinda esta nueva sección de nuestra joven revista *Vegueta*. Publicado en la serie de Estudios Historiográficos, que edita el Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia, este nuevo libro de Juan Manuel Abascal constituye un trabajo que, a buen seguro, se convertirá en una obra de obligada consulta para todos los que nos dedicamos al estudio de la epigrafía de la Península Ibérica. Y ello se debe, fundamentalmente, al interés de la obra de Fidel Fita y al extraordinario valor que tiene su legado documental, cuyo estudio es indispensable para cualquiera que desee profundizar en el conocimiento de la disciplina epigráfica en el último cuarto del siglo XIX y en los primeros años del siglo XX.

Hasta ahora, sabíamos del valor científico de la obra de Fita a través del testimonio de aquellos colegas, tanto nacionales como extranjeros, que tuvieron ocasión de compartir con él su interés por la epigrafía y por los hallazgos arqueológicos (entonces simplemente *antigüedades*) de España. Recordemos aquí, aquellas palabras que el epigrafista alemán E. Hübner le dedicara en las páginas dedicadas a la epigrafía leonesa en el CIL II: *commentariolos arte lithographica expressos mecum comunicavit, quibus titulos non paucos tam Legione quam in aliis eius regionis oppidis inventos et ex parte in collegio S. Marci servatos descripsit diligenter et illustravit non imperite* (CIL II, pág. 370). Pero sobre todo, el testimonio más elocuente de la labor científica de Fita era, y continúa siendo, su ingente producción bibliográfica, la inmensa mayoría de la cual fue publicada en el *Boletín* de la Real Academia de la Historia, una institución a la que estuvo vinculado primero como correspondiente de la provincia de León (1865), después como académico de número (1877), y que terminaría dirigiendo en 1912, cuando contaba con setenta y cinco años de edad.

Como señala Abascal en la introducción de su libro, Fita fue grandemente reconocido en su época (no hay más que leer los homenajes que se le rindieron en las páginas del *Boletín* tras su muerte), pero por desgracia está "en gran parte olvidado hoy por las jóvenes generaciones de investigadores". La razón de este olvido, creo yo, no está sólo en la lejanía de aquél con respecto a nosotros, sino también en la secular costumbre que tenemos en este país de hacer bajar de los altares a todos los que en vida lograron acceder a ellos. Y Fidel Fita no ha sido una excepción. Es sabido que Fita trabajaba a partir de la información que le suministraban decenas y decenas de informantes, bien repartidos por toda la geografía peninsular. Y muchos de sus defractores consideran que buena parte de los errores que Fita transmitió en sus publicaciones tenían su origen en la información que le transmitían sus corresponsales.

De hecho, si leemos las Actas del X Congreso Internacional de Epigrafía Griega y Latina, celebrado en París en 1952, podemos conocer cómo se veía, cuarenta años después de su muerte, la labor de Fita y algunos de sus contemporáneos (como el Marqués de Monsalud). Y es que, a través de la lectura de las intervenciones de J. Mallon, R. Thou-

venot y A. D'Ors a raíz de la ponencia presentada por éste último en la citada reunión científica, podemos conocer que ya entonces se destacaba que la labor de Fita era deudora, en gran parte, de la silenciosa tarea que habían realizado sus informadores locales. Pero, ¿Lo que Abascal ha llamado "imperfecciones" de su obra (otros autores, antes y ahora, han sido mucho más mordaces al valorar su labor científica) pueden considerarse como errores atribuibles al jesuita? O dicho de otra manera, ¿Hasta qué punto Fita era deudor del trabajo de sus corresponsales?. Como decían J. Mallon y A. D'Ors, en aquella ocasión, "la valeur dépend évidemment de celle de leurs correspondants, qu'il s'agit d'étudier individuellement".

Y es aquí, precisamente, donde creo que reside la mayor utilidad de este libro de Abascal, ya que, por vez primera, podemos disponer de una exhaustiva documentación que nos permite conocer hasta dónde llegaba la aportación de los informadores locales, y dónde comenzaba la tarea de un erudito como Fita. En efecto, en las casi trescientas páginas de esta obra se recogen, con el orden y rigor exigible en este tipo de trabajos, todo el legado documental generado por el padre Fidel Fita, que ha permanecido inédito durante décadas en la Biblioteca y Archivo de la Real Academia de la Historia, a la espera de ser rescatado por las manos de alguien capacitado, pero también dotado con la paciencia necesaria, para vaciar, ordenar y clasificar toda esta ingente documentación. Y sin lugar a dudas, Juan Manuel Abascal era el más indicado para llevar a cabo esta labor, ya que en trabajos anteriores (sólo citaré aquí su utilísimo catálogo *Los nombres personales en las inscripciones latinas de Hispania*, publicado en 1994), ha demostrado hasta qué punto está dispuesto a afrontar retos que, a juzgar por el panorama bibliográfico español, sólo parecen estar reservados a los autores más disciplinados. En algunos trabajos anteriores dedicados al estudio de la obra de Fita, Abascal ya nos había adelantado interesantes datos inéditos sobre algunas inscripciones romanas y celtibéricas (véase su artículo "Inscripciones romanas y celtibéricas en los manuscritos de Fidel Fita en la Real Academia de la Historia", *Archivo de Prehistoria Levantina* 21, 1994, pp. 367-390), o sobre la importancia de la figura del jesuita para el desarrollo científico de la epigrafía hispánica ("Fidel Fita y la epigrafía hispano-romana", *Boletín de la Real Academia de la Historia* 193, 1996, pp. 305-334). Pero estos bien documentados artículos quedan ahora felizmente superados por esta obra, en cuya realización ha invertido el autor varios años de trabajo.

El capítulo central de este libro es, sin lugar a dudas, el que está dedicado a recoger la ingente y heterogénea documentación guardada en los legajos de Fidel Fita que se conservan en la Real Academia de la Historia (cap. 7, pp. 71-160). En total, Abascal ha registrado 558 documentos inéditos, siguiendo un sistema de clasificación establecido por él mismo, que puede ser discutible, pero que es adecuado para los objetivos que persigue esta obra. Cada entrada va acompañada del correspondiente número que tiene el legajo en la Biblioteca y Archivo de la Real Academia de la Historia, lo que sin duda facilitará la tarea a muchos investigadores en el futuro. Se recogen, en primer lugar, los manuscritos de Fita (del nº1 al nº154), perfectamente numerados y, cuando procede, subdivididos en documentos; a continuación, se recogen lo que Abascal denomina "otros manuscritos" (nº 155-188), que no son otra cosa sino los informes, algunos de ellos de gran interés historiográfico, enviados por numerosos corresponsales (algunos anónimos) y personalidades de la época como Eduardo Saavedra, E. Hübner, etc.; no menor es el interés que ofrecen las cartas enviadas a Fita (nº189-490), que al igual que la documentación anterior, está clasificada por el orden alfabético de sus remitentes; a éstas siguen los borradores que se conservan de las cartas enviadas por Fita (nº491-512), clasificadas por orden alfabético de sus destinatarios; a continuación, bajo el nombre de "otras cartas", se

registra un grupo heterogéneo de misivas (n°513-541), que no pueden incorporarse a los grupos anteriores; y finalmente, cierra este capítulo una relación de recortes de prensa y separatas (n°542-558), que se conservaban entre los papeles del jesuita.

Como era de esperar, la labor de Juan Manuel Abascal no se ha limitado únicamente a la ingrata, pero necesaria, actividad de catalogar esta abundante documentación, sino que ha ido mucho más allá. Además del obligado capítulo dedicado al análisis de la biografía de Fita (cap. 2, pp. 15-31), o a su labor en la Real Academia de la Historia (cap. 3, pp. 33-48), debemos destacar aquí tres capítulos esenciales de este libro, en el que el autor aprovecha al máximo la documentación inédita que él ha tenido oportunidad de estudiar con detenimiento. Destaquemos, para empezar, el capítulo que Abascal titula "Fita y la epigrafía" (cap. 6, pp. 55-69), un excelente análisis historiográfico que nos sitúa al personaje en el contexto de su época: podemos conocer incluso cómo el jesuita se preocupa por explicar a sus corresponsales la técnica para realizar mejores calcos de las inscripciones. No menos interesante es el capítulo dedicado a las inscripciones latinas estudiadas por Fita (cap. 8, pp. 161-220), ordenadas por Abascal en provincias y localidades. Sin lugar a dudas, éste es uno de los capítulos que será de mayor utilidad práctica a los epigrafistas, sobre todo en aquellos casos en los que la inscripción se encuentra desaparecida. Las oportunas figuras insertadas en el texto, que reproducen algunas fichas inéditas y dibujos de las inscripciones son, además, de gran utilidad. Finalmente, el capítulo dedicado a los hallazgos numismáticos (cap. 9, pp. 221-226), a los que Fita no concedió excesiva atención, como oportunamente señala Abascal.

Cierra el libro un extenso capítulo dedicado a recoger la bibliografía relativa a Fita (cap. 10, pp. 227-262), en el que no sólo se recogen las obras publicadas sobre la vida y obra del jesuita, sino también la ingente producción bibliográfica generada por éste a lo largo de más de cincuenta años de trabajo incansable. Y es que, como se puede apreciar en la recopilación que ha hecho Abascal, entre libros, opúsculos y artículos, Fidel Fita llegó a publicar casi un millar de trabajos, relativos en su mayoría a epigrafía e historia local de la Península Ibérica. Pero como advierte Abascal, la cifra es aproximada, ya que la dispersión de sus publicaciones hace materialmente imposible conocer con exactitud, cuánto y dónde publicó. En cualquier caso, la recopilación bibliográfica que incorpora Abascal al final del libro es de gran interés, sobre todo si tenemos en cuenta que muchos de sus artículos (incluso algunos de los que publicó en el *Boletín de la Real Academia de la Historia*), suelen aparecer citados incorrectamente en numerosas publicaciones modernas.

Finalmente, en un libro como éste no podían faltar unos exhaustivos índices que permitan acceder, de forma rápida y precisa, a la ingente documentación que contiene. Y aunque pueda parecer ocioso comentarlo aquí, no lo es, sobre todo cuando todavía se publican en nuestro país monografías sin un simple índice onomástico o de materias. Aquí Abascal va más lejos de lo mínimamente exigible en estos casos, y nos ofrece casi veinte páginas de completos índices, entre los que cabe destacar el onomástico, el toponímico, el epigráfico y el numismático (entre otros).

Termino ya recordando las palabras que hace algunos años leí en la introducción de una conocida obra de Claudio Sánchez Albornoz. Decía este insigne historiador que, con total premeditación, no había incluido en su libro notas a pie de página porque sabía que, por desgracia, nadie se preocupaba de leerlas. Con el tiempo he comprobado cuán acertado estaba Sánchez Albornoz cuando hizo esta afirmación, pero celebro que aún se publiquen libros con un jugoso aparato de notas. Viene esto a colación de las prolijas notas a pie de página que Abascal ha incluido a lo largo de las casi trescientas páginas de esta obra, y que tampoco escasean en el catálogo documental del libro. En ellas, el autor

nos ofrece abundante información suplementaria, y contrariamente a lo que suele ser habitual en los trabajos de otros colegas, ninguna sobra. Es más, leyéndolas con detenimiento, es fácil concluir que Abascal ha dedicado tanto o más tiempo a la redacción de algunas de ellas, como al texto editado en caracteres mayores, unas líneas más arriba. Y ciertamente, el interés de algunas de estas notas (por ejemplo, la mayoría de las referencias biográficas de las personas que intercambiaron correspondencia con Fita), no guarda relación con el exiguo tamaño que en la imprenta le tienen reservadas. Estoy seguro de que los lectores del libro sabrán apreciarlo.

Manuel E. RAMÍREZ SÁNCHEZ